


# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI San José, Costa Rica **1939** Sábado 23 de Diciembre Núm. 24

Año XX — No. 880


*En este número:*



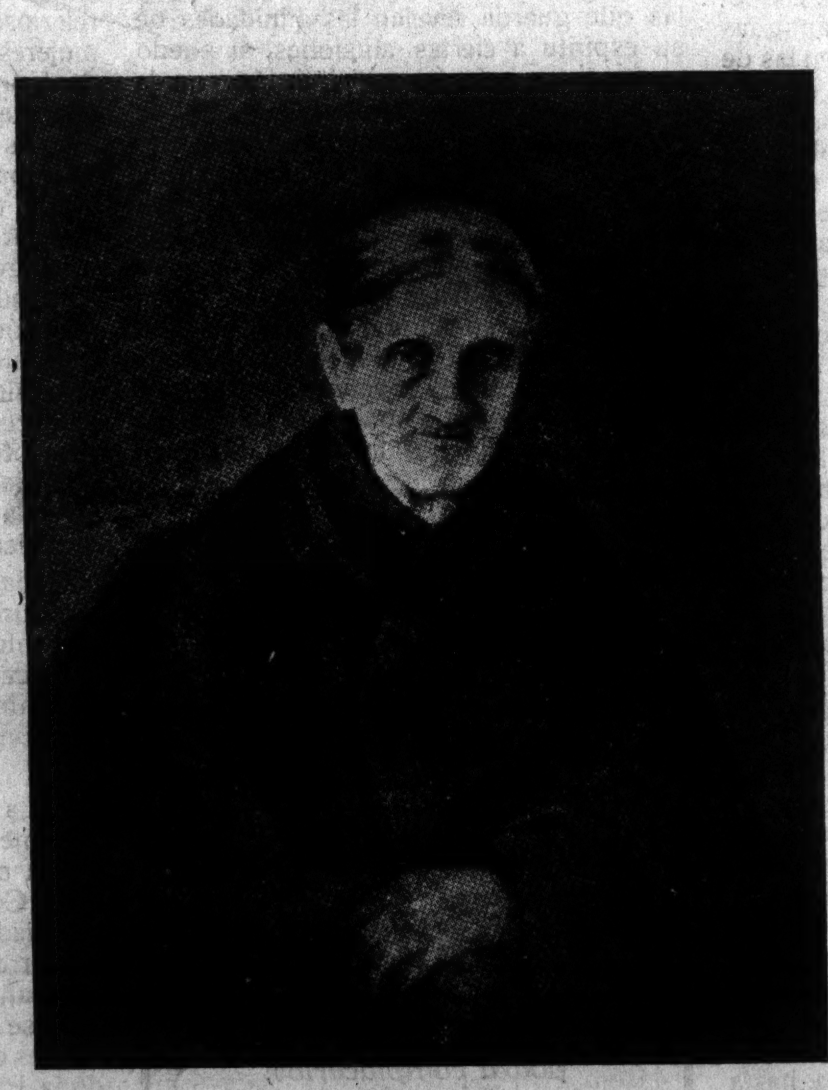
# *La historia de mi madre*

Sacada de *Recuerdos de Provincia*, tomo III de las *Obras*, de D. F. Sarmiento. Buenos Aires. 1885

...¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría a dar una idea de la energía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre en su avanzada edad, conserva apenas rastros de una beldad severa y modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas y huesosas, apareciendo muy marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decisión y de energía, he aquí todo lo que de su exterior merece citarse, si no es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada o más bien destituída de todo ornato, si bien tan clara que en una clase de gramática que yo hacía a mis hermanas, ella de sólo escuchar, mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos, y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola producir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circunstancias que para otros habrían santificado las concesiones hechas a la vida. Y aquí debo rastrear la genealogía de aquellas sublimes ideas morales, que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma mientras se desenvolvía en el hogar doméstico. Yo creo firmemente en la trasmisión de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyección del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra y el ejemplo. Jóvenes hay que no conocieron a sus padres, y ríen, accionan y gesticulan como ellos; los hombres perversos que dominan a los pueblos, infestan la atmósfera con los hálitos de su alma, sus vicios y sus defectos se reproducen; pueblos hay, que revelan en todos sus actos



*Dña. Paula Albarracín de Sarmiento*

(Oleo de *Eugenia Belin Sarmiento*)

quiénes los gobiernan; y la moral de los pueblos cultos que, por los libros, los monumentos y la enseñanza, conservan las máximas de los grandes maestros, no habría llegado a ser tan perfecta, si una partícula del espíritu de Jesucristo, por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza y la predicación en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

Yo he querido saber, pues, quién había educado a mi madre, y de sus pláticas, sus citas y sus recuerdos, he sacado casi íntegra la historia de un hombre de Dios, cuya memoria vive en San Juan, cuya doctrina se perpetúa más o menos pura en el corazón de nuestras madres.

A fines del siglo XVIII, ordenóse un clérigo sanjuanino don José Castro, y desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio mostró una consagración a su ministerio edificante, las virtudes de un santo ascético, las ideas de un filósofo, y la piedad de un cristiano de los más bellos tiempos. Era además de sacerdote, médico, quizá para combinar los auxilios espirituales con los corporales, que a veces son más urgentes. Padecía de insomnios o los fingía en la edad más florida de la vida, y pasaba sus noches en el campanario de la matriz sonando las horas, para auxilio de los enfermos; y tan seguro debía estar de sus conocimientos en el arte de curar, que una vez llamado a hacer los honores del entierro de un magnate, descubrió, como tenía de costumbre, el rostro del cadáver, y levantando la mano hizo señal de callar a los cantores, mandando en seguida deponer el cadáver en tierra, al aire libre, y rezando en su breviario, hasta que viendo señales de reaparecer la vida, nombrándole en alta y solemne voz por su nombre «levántese, le dijo, que aún le quedan luengos años de vida», con grande estupefacción de los circunstantes y mayor confusión de los médicos que lo habían asistido, al ver incorporarse el supuesto cadáver, paseando miradas aterradas sobre el lúgubre aparato que le rodeaba.

Vestía don José Castro con desaliño, y tal era su abandono, que sus amigos cuidaban de introducirle ropa nueva, fingiendo que era el fruto de una restitución hecha por un penitente en el confesonario, u otras razones igualmente aceptables. Sus limosnas disipaban todas sus entradas; diezmos, primicias y derechos parroquiales eran distribuidos entre las personas menesterosas. Don José Castro predicaba los seis días de

la semana; en Santa Ana los lunes, en la Concepción los martes, en los Desamparados los miércoles, en la Trinidad los jueves, en Santa Lucía los viernes, en San Juan de Dios los sábados, y en la Matriz los domingos.

Pero estas pláticas doctrinales, en que sucesivamente tenía por auditorio la población entera de la ciudad, tienen un carácter tal de filosofía, que me hacen sospechar que aquel santo varón conocía su siglo XVIII, su Rousseau, su Feijóo y sus filósofos tanto como el Evangelio.

En los pueblos españoles, más que en ningunos otros de los cristianos, han resistido a los consejos de la sana razón prácticas absurdas, cruentas y supersticiosas. Existían procesiones de santos y mojigangas que hacían sus muecas delante del Santísimo Sacramento; y penitentes aspados en Semana Santa, disciplinantes que se enrojecían los lomos con azotes desapiadados; otros enfrenados que se pisaban las riendas al marchar en cuatro pies, y otras prácticas horribles que presentan el último grado de degradación a que puede el hombre llegar. Don José Castro, apenas fué nombrado cura, descargó el látigo de la censura y de la prohibición sobre estas prácticas brutales, y depuró el culto de aquellas indignidades.

Existían entonces en la creencia popular duendes, aparecidos, fantasmas, candelillas, brujos y otras creaciones de antiguas creencias religiosas, interpoladas en las de casi todas las naciones cristianas. El cura Castro las hizo desaparecer todas, perseguidas por el ridículo y la explicación paciente, científica, hecha desde la cátedra, de los fenómenos naturales que daban lugar a aquellos errores. Fajábanse los niños, como aún es la práctica en Italia y otros países de Europa, ricos en preocupaciones y tradiciones atrasadas. El cura Castro, acaso con el «Emilio» escondido bajo su sotana, enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran nocivas a la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las precauciones que debían guardar las embarazadas, y a los maridos en conversaciones particulares o en el confesonario, enseñaba los miramientos que con sus compañeras debían tener en situaciones especiales.

Su predicación se dividía en dos partes, la primera sobre los negocios de la vida, sobre las costumbres populares, y su crítica, hecha sin aquella grosería de improbación que es común en los predicadores ordinarios, obraba efectos de corrección tanto más seguros, que venían acompañados de un ridículo lleno de sal y de espiritualidad, a punto de ser general la risa en el templo, de reir él mismo a llenarse los ojos de lágrimas, para añadir en seguida nuevos chistes que interrumpían la plática; hasta que el inmenso concurso atraído por los goces deliciosos de esta comedia, descargado el corazón de todo resabio de mal humor, tranquilizado el ánimo, el sacerdote decía, limpiándose el rostro: Vamos, hijos, ya nos hemos reído bastante, prestadme ahora atención: POR LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ...» etc.; y a continuación venía el texto del Evangelio del día, seguido de un torrente de luz plácida y serena, de comentarios morales, prácticos, fáciles, aplicables a las situaciones todas de la vida. ¡Ay! y qué lástima es que aquel Sócrates, propagador en San Juan de los preceptos más puros de la moral evangélica, no haya dejado nada escrito sobre su interpretación del espíritu de nuestra religión, hallándose sólo en los recuerdos de las gentes de su época, fragmentos inconexos y que demandan perspicacia, estudio y discernimiento para darles formas de doctrina seguida. La religión de mi madre es la más genuina versión de las ideas religiosas de don José Castro, y a las prácticas de toda su vida apelaré para hacer comprender aquella reforma religiosa intentada en una provincia oscura, y donde se conserva en muchas almas privilegiadas. Alguna vez mis hermanitas solían decir a mi madre, recemos el rosario, y ella les respondía: esta noche no tengo disposición, estoy fatigada. Otra vez decía ella: ¡recemos, niñitas, el rosario que tengo tanta necesidad! Y convocando la familia entera, hacía coro a una plegaria llena de unción, de fervor, verdadera oración dirigida a Dios, emanación de lo más puro de su alma, que se derramaba en acción de gracias por los cortísimos favores que le dispensaba, porque fué siempre parca la munificencia divina con ella. Tiene mi madre pocas devociones, y las que guarda revelan las afinidades de su espíritu a ciertas alusiones, si puedo expresarme así, de su situación con la de los santos del Cielo. La virgen de los Dolores es su madre de Dios; San José, el pobre carpintero, su santo patrón; y por incidencia Santo Domingo y San Vicente Ferrer, frailes dominicos, ligados por tanto a las afecciones de familia por la orden de predicadores; Dios mismo ha sido en toda su angustiada vida el verdadero santo de su devoción, bajo la advocación de la Providencia. En este carácter, Dios ha entrado en todos los actos de aquella vida trabajada; ha estado presente todos los días, viéndola luchar con la indigencia, y cumplir con sus deberes. La Providencia la ha sacado de conflictos por manifestaciones visibles, auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para edificarnos, en prueba de esta vigilancia de la Providencia sobre sus criaturas. Una vez que volvía de casa de una hermana suya más pobre que ella, desconsolada de no haber encontrado recursos para el hambre de un día, que había amanecido sin traer consigo su pan, halló sobre el puente de una acequia, en lugar aparente y visible, una peseta. ¿Quién la había conservado allí, si no es la Providencia? Otra vez sufrían ella y sus hijos los escozores del hambre, y a las doce del día abre con estrépito las puertas un peón trayendo un cuarto de res que le enviaba uno de sus hermanos, a quien no veía hacía un año. ¿Quién si no la Providencia había escogido aquel día aciago para traer a la memoria del hermano, el recuerdo de su hermana? Y en mil conjeturas difíciles he visto esta fe profunda en la Providencia no desmentirse un solo momento, alejar la desesperación, atenuar las angustias, y dar a los sufrimientos y a la miseria el carácter augusto de una virtud santa, practicada con la resignación del mártir, que no protesta, que no se queja, esperando siempre, sintiéndose sostenida, apoyada, aprobada. No conozco alma más religiosa, y sin embargo, no vi entre las mujeres cristianas otra más desprendida de las prácticas del culto. Confiésase tres veces en el año, y frecuentara menos las iglesias si no necesitara el domingo cumplir con el precepto, el sábado ir a conversar con la virgen, y el lunes encomendar a Dios las almas de sus parientes y amigos. El cura Castro aconsejaba a las madres no descuidar el decoro de su posición social, por salir a la calle para ir a misa; debiendo una familia presentarse siempre en público con aquel ornato y decencia que su rango exige; y este precepto practicábalo mi madre en sus días de escasez, con la modestia llena de dignidad que ha caracterizado siempre sus acciones.

Todas estas lecciones de tan profunda sabiduría eran parte diminuta de aquella simiente derramada por el santo varón, y fecundada por el sentido común y por el sentimiento moral que encontró en el corazón de mi madre.

...La posición social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que había alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracín, poseedor de la mitad del valle de Zonda y de tropas de carretas y de mulas, dejó después de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos, y algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarracín, su hija, joven de veintitrés años, emprendía una obra superior, no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepción de una niña soltera. Había habido el año anterior una grande escasez de anascotes, género de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes religiosas, y del producto de sus tejidos reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos escla-

vos de sus tías Irrarzabales, echó los cimientos de la casa que debía ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en su sitio, estableció su telar, y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos una mujer industriosa, y lo eran todas y aún aquellas nacidas y creadas en la opulencia, podía contar consigo misma para subvenir a sus necesidades. El comercio no había avanzado sus facturas hasta lo interior de las tierras de América, ni la fabricación europea había abaratado tanto la producción como hoy. Valía entonces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, cinco los ordinarios, y cuatro reales la vara de anascote dando el hilo. Tejía mi madre doce varas por semana, que era el corte de hábito de un fraile, y recibía seis pesos el sábado, no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debía desocupar al día siguiente.

Las industrias manuales poseídas por mi madre, son tantas y tan variadas, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy no tienen ya significado. Hacía de seda suspensores; pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio a España, a algunos curiosos, y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas se añadían añasjados para albas, randas, miñaques, mallas, y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y de los paños sagrados. El punto de calceta en todas sus variedades y el arte difícil de teñir, poseyólo mi madre a tal punto de perfección, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, o de producir cualquiera de los medios tintes oscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que tomando de su paleta a la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual a la que muestra el modelo. La reputación de omnisciencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis días; y el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia. En 1842, en Aconcagua, la oímos exclamar: ¡esta vez es la primera de mi vida que me estoy mano sobre mano! y a los setenta y seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no excluyéndose de entre ellos labores curiosas de mano de que hace aún adornos para enaguas, y otras superfluidades.

...Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; y bajo la presión de la necesidad en que nos criamos, vi lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer, aquella resignación armada de todos los medios industriales que poseía, y aquella confianza en la Providencia, que era sólo el último recurso de su alma enérgica contra el desaliento y la desesperación. Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de miniestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella. La fiesta de San Pedro fué siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura, nuestro tío y sábese el derecho y el deseo de los niños de la familia a hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba: y ¿Domingo que no lo veo? ¿y la Paula?.. y hasta hoy sospechaba que esta dolorosa ausencia, era ordenada e hija de un plan de conducta de parte de madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Benegas, última de este apellido en San Juan, y descendiente de las familias conquistadoras, según veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaría sin eso, la antigüedad de aquella familia, que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decían ella y sus hijas, «cogeldo», «tomaldo», «truje», «ansina», y otros vocablos que pertenecen al siglo XVII, y para el vulgo prestaban asidero a la crítica. Visitábanse ambas amigas, consagrando un día entero a la delicia de confundir sus familias en una, uniendo a las niñas de una y otra la misma amistad. Poseía cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca, y el día que mi madre iba a pasarlo con ella, su criada pasaba a la cocina a disponer todas las provisiones de boca que debían consumir en el día, sin que la protesta de veinte años contra esta práctica de mi madre, hubiese alterado jamás en lo más mínimo su firme e inalterable propósito, de que al placer inefable de ver a su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un día siquiera el rudo deber de sostener a sus hijos, doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en el humilde hogar de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoy, extraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzoñados, porque la fama de aquellas virtudes austeras había llegado hasta él, y se lo agradezco.

Cuando yo respondía que me había creado en una situación vecina de la indigencia, el presidente de la República en su interés por mí, deploraba estas confesiones desdorosas a los ojos del vulgo. ¡Pobres hombres, los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza, acercarse a sus puertas sin ser debidamente solicitado, en debida forma invitado, y comprenderán entonces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso y no una deshonra. En 1848 encontréme por accidente en una casa con el presidente Bulnes, y después de algunos momentos de conversación, al despedirnos, díjele maquinalmente: tengo el honor de conocer a Su Excelencia; disparate impremeditado que llamó su atención, y que bien mirado no carecía de a propósito, puesto que en ocho años era la segunda vez que estaba yo en su presencia. ¡Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido!

D. F. SARMIENTO




## ¿Qué Hora es...?

*(Lecturas para maestros. Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones.)*

## *La escuela progresiva en los Estados Unidos*

Estimado don Joaquín:

Hace pocos días tuvimos en mi casa el placer de recibir una carta de nuestra buena amiga Emma Gamboa y no he podido oponerme al deseo de transcribirle para REPERTORIO sus impresiones sobre la escuela en los Estados Unidos que a mi juicio merecen incluirse en la sección de ¿Qué hora es..?, para beneficio de los escasos maestros que reciben su semanario.

Dice nuestra común amiga: «He vuelto a ser estudiante y esto me da ilusión y entusiasmo juvenil. He concretado aquí mis ideas de educación y en cierto sentido, he renovado y aclarado conceptos.

»La escuela progresiva de este país es admirable; a veces me ha parecido maravillosa. No está detallada en programas, ni en planes ni en centros de interés preparados de antemano. Es una escuela creadora en todo instante, basada en una filosofía de la vida. Sencilla, espontánea, organizada sin dificultad. Los niños y el maestro planean juntos, discuten, se mueven, hacen excursiones: viven. La música, la pintura, el trabajo en madera y en linoleum son actividades creativas. Las matemáticas, el lenguaje, las ciencias, funcionales. No hay separación formal de asignaturas. Hay, eso sí, organización de actividades. Libertad con responsabilidad. Democracia en el sentido puro de la palabra.

»Trabajo para estimular la inteligencia, la personalidad. Ni la memoria ni la copia.

»La metodología ya desapareció como tal, en la preparación del maestro. El énfasis está puesto en los principios. En lo que para cada uno constituya su filosofía. Y, por supuesto, en las implicaciones prácticas de esta filosofía.

Cinco años son aquí necesarios, después de los seis primarios y los seis de High School para el Master Degree. Los estudios y la progresiva responsabilidad están graduados de acuerdo con la madurez mental de los estudiantes. ¡Cuánto nos falta allá por hacer!... Aquí he valorado mejor lo que don Omar valía. Es maravilloso que un hombre solo hubiera podido alcanzar tal amplitud y profundidad de visión en un medio tan chiquito...»

Por la copia,

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, C. R., noviembre del 39.

---

## *«Vida y milagros de Juan Varela»*

### *Un gran cuento sin pretensiones para una «biografía sin importancia»*

*= Envío de la autora =*

Adolfo Herrera García ha salido de estreno «hecho». Nada muy voluminoso ni trascendental. Un cuento-novela típico que se lee en menos de una hora. Sólo un corto rato de lectura fácil, pero mucha hondura de conmoción emocional.

Hay un solo factor evidente para cualquier lector de conciencia, y que amerita de sencillez el cuento: Herrera García no quiso hacer literatura, no pretendió hacer criollismos para la exportación; nada en el relato es deliberado, y sin embargo, nos ha plantado enfrente, como en milagro de «canción antañona», el «concho» más «concho» y el tipo de esta tierra más entero que haya hasta ahora dejado en esa veta la producción nacional. Juan Varela en el cuento no tiene cara, su rostro es el de cualquiera, sus palabras no están cortadas para reconstruir en el alambique de la imaginación ciudadana, su contextura intelectual de hombre sin escuela. Ana no es una hembra bravía, ni el hambre aparece en manos que se tienden pidiendo un pedazo de pan. Las frecuentísimas imágenes afortunadas no se destacan secas y frías en el contorno como realizaciones literarias.

Las frases de Juan Varela, su cara sin facciones personales, Ana y sus «güilas» las airosas y elegantes comparaciones, todo, pierde su valor individual aislado, para formar un conjunto sobriamente destilado de este grande y buen cuento magistral. No se puede recordar después de una lectura que se hace «bebiendo», un acierto descriptivo que por un momento se entrometió a distraer la calidad de la emoción primitivísima y sencilla que provoca.

Quizá se había pintado en Costa Rica un «concho» de muy auténtica personalidad que siempre logra regocijarnos y cuya tragedia, por muy honda que sea, produce en nosotros una sonrisa de condescendiente satisfacción: es el «concho» de Aquileo Echeverría. Sentimos el humor inagotable del escritor palpitar en el pueblo tico que describe, y podemos enseñar «su» concho al extranjero con el gusto de un padre que muestra un hijo muy malcriado, pero muy original. También hemos visto «patillos» que se prestan a muy bien elaboradas y sabrosas construcciones intelectuales. Pero ya no reímos. Juan Varela no se puede enseñar al extranjero en medio de una sonrisa de paternal alcahuetería. Juan Varela es un problema, y, como tal, nos hace pensar. Murió en la distancia el buen chiste criollo, hace un alto en el tiempo, y renace como un yurro sangriento en la tragedia nacional.

Aquileo Echeverría nos halaga, carcajeamos de gusto ante la sabiduría popular, nos erguimos orgullosos ante la elegancia de «Cuatro filazos». Juan Varela, en cambio, es la primera lágrima en este mito religioso de la tierra muy repartida, la casita pintada de blanco y azul y el pequeño propietario de chanchos y gallinas que lleva al cuello un pañuelo «colorao». Leemos con sincera emoción «Vida y dolores de Juan Varela», pero no queremos pensar en él, pues entendemos ya que el concho ha dejado de ser una comedia que se representa en las escuelas, para convertirse bruscamente en una enojosa y triste realidad.

Herrera García describe empleando un léxico esencialmente nuestro, sin que resulte una arquitectura de exotismos regionales. En su libro hace calor, hace ternura y hace lágrimas. El hombre, la mujer y los «güilas» no se han movido de las bajuras del Barranca; la finquilla y el potrero, la saca o la carreta, no hanse visto obligadas a hacer una dificultosa trasplantación climatérica para llegar a la vitrina de las librerías: el libro ha subido las cuestas, ha aguantado las lluvias y ha sudado en la planicie para llegar hasta ellos. Habíamos visto a nuestro campesiuo saliendo de su mundo para venir al cuento o a la novela, pero hoy el cuento va hacia el campesino, sin que éste se mueva un punto de su ambiente rural.

Adolfo Herrera García sale escritor tan completo, como salen criollos, vivos y auténticos sus personajes. Se puede decir sin rubores que Juan Varela «a ratos, da ganas de llorar de veras», y que siempre, «da mucho que pensar»...

YOLANDA OREAMUNO

San José, diciembre de 1939.

---

# *Son apuntes...*

*Envío de la autora*

Goterones de rubí cuajaron en mi gruta verde. Estoy bajo la sombra de la «veranera», racimos chorriantes de color acarician mi frente, hay olor a savia. La brisa no se atreve a levantar la cortina de mi nueva alcoba, pero un rayo de sol se coló por el encaje de las ramas, y vino a quebrarse en mi espejito de mano. Hemos bebido las flores y yo, un licor extraño que enerva, que transporta. La fuente se ha ido lejos, ya no la escucho. Me palpo los brazos cálidos y suaves; mis mejillas arden, y mis ojos se cierran. Ahora sueño con una muñequita japonesa que me regalaron una vez en un vapor: yo tenía quince años; ella era una dama vestida de raso granate, sembrado de flores su aparatoso peinado, y me dijeron que se llamaba Madame Bukambilia.

*

Me apena el cautiverio de «Nacla» en sus mejores días, cuando la luz canta su estrofa vernal, de espuelas de plata, latir de alas y valles floridos. Los gorriones charlan picoteando las manzanas. Un colibrí metálico succiona nerviosamente el corazón de mis pequeñas mosquetas. Las rosas amarillas parecen canastillas de crema, y aquellas otras más chicas y rojas, casi moradas, son bocas de cocotas. La eglantina ha subido a mi balcón para saludarme; es tan graciosa, y su vestido está siempre tan limpio. «Nacla» mira todo ese rebullir con ojos rencorosos. Yo la contemplo en su desolación, encadenada a un limonero, el cuerpo brioso y anhelante. Ella corresponde mi simpatía, sus ojos se suavizan, y agita su hermosa cola blanca y rizada como el abanico de la condesa cuyo nombre ostenta. No es una perra urbana, se crió en el campo, a todo sol y a toda luna, fue dueña de la luz y de la noche. Con su paso liviano y su gallarda figura, recorrió montes, atravesó arroyos, persiguió conejos, espantó a los zorros, y, vivió sus amores. Ha de ser por esto que su dueña la tiene prisionera; y a mí se me antoja que está ojerosa y mustia. Y que mira con envidia al gatito «Buby», que se pasea libremente por los tejados. Y sale por las noches: el paso sigiloso, muy de lentes verdes y de abrigo beige.

*

Hoy llegó una nueva alumna al kinder. La pequeña May, se ha presentado en forma: en su bulto, además de Blanca Nieve y los enanitos, que se pasean por la tela roja, trajo dos cuadernos, una pizarrita y su caja de lápices. Adelita le pregunta cómo se llama, y si sabe cantar. Adelita, alma cristalina, comprende a los niños. Tres generaciones han libado el néctar en la flor lozana de su buen saber. Hija de un ilustre centroamericano, recibió una esmerada educación, que ella ha traspasado a más de novecientos discípulos.

Todos quieren sentarse con May, pero Fernandito dice que es su prima y que él la debe cuidar. Hay protesta, y Adelita se ve obligada a tocar la campana pidiendo silencio, para dar la clase de urbanidad: «Los niños deben ser obedientes». «Conducirse bien en todas partes». «No llevarse los dedos a la boca». Samuel, el polaquito, nunca sabe la lección, pasa las horas con el cuaderno bajo los ojos, y los ojos,... ah! esos ojos de Samuel... siguen las acrobacias del gato; aterrizan con Macaya y su avión, en una Sabana que se esconde tras los tejados chispeantes; o se extasía contemplando cómo descargan en la calle un camión de piedras. Tendrá que estudiar, mientras los otros bajan y organizan el drill. Adelita en el piano, les da un motivo cadencioso, y Glenda, la primera de la fila, mueve su cuerpecito tímido dentro de su bello traje escocés, mirando a todas partes con sus hermosos ojos de gacela. Noel y Leticia siguen bien el ritmo, Ligia se equivoca, May anda perdida, pero Carmen la toma de la mano. Amalia ya es una mujer, lo dice el gracioso girar de sus caderas, que todavía no son. La música se anima, ahora todos saltan, y el lazo de Zaida es una loca mariposa azul! Arriba, Samuel siempre indiferente. «Nacla», la cautiva, esquiva a sus amigos, y muestra los colmillos, cuando Miguelito que ya sabe inglés, le dice «Good-bye».

ALICIA CASTRO ARGÜELLO

(San José, C. R., 1939.)

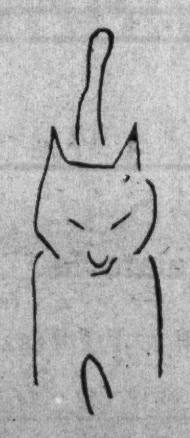
## *Lecciones que pueden aprenderse de los gatos*

En toda casa debe haber un gato, no sólo por decoración o para coger ratones, sino porque el gato en esencia es medicinal para las personas irritables, cascarrabias y nerviosas.

A pesar de los esfuerzos que hacen os doctores en los hospitales y los libros escritos para enseñar cómo debe descansar un enfermo, poquísimas personas en este mundo entienden el arte del reposo. Pero observemos los gatos. Cuando un gato opta por echarse a descansar, él no solamente se acuesta sino que se esparrama, se riega en el suelo como si fuera agua. Al extremo que viéndolo uno mismo, descansa. Y el hombre contemporáneo que anda lleno de inquietudes tontas desde la mañana hasta la noche y que se enfurece ante las locuras del mundo moderno, al contemplar la imperturbable flema del gato de su casa, debe sentir que éste le hace la famosa pregunta emersoniana: «¿A qué tánta agitación, petrimetre?»

WILLIAM LYON PHELPS

(Traducción y envío de *Emilia Prieto*).



*Historias baladíes*

## *Tenía más hambre el santo*

*Envío del autor*

Va por la calle—suciedad, hedor, fealdad—una anciana mendiga. No precisa verla mucho para saber que sufre toda clase de penas (si no lo fuera, y muy grande, ésta sola, que las resume todas: la pena de ser mendigo).

En dirección opuesta viene una dama de rico traje y de pobre mal gusto en el vestir. Se descubre alma plebeya en cuerpo mal formado.

La mendiga le pide limosna a la rica señora. La rica señora no la vuelve ni a ver.

Pasa—pavorreal camino del nido donde pondrá un huevo de vanidad—apartando viejos y niños con el anchor de sus mal puestas caderas zigzagueantes.

No lejos de la mendiga camina un hombre astroso de mal simulada hipocresía, con un santo en un camarín.

Llorosamente le solicita limosna para San Antonio a la rica señora.

La señora saca orgullosa y ostentosamente dos reales de la cartera.

—(¿Cuánto vale esa cartera, señora?)

Más pavorreal, con más prisa de anunciar que ha puesto un huevo de vanidad y se ha ganado cien indulgencias, la rica señora se pierde, siempre apartando niños y viejos con el anchor de su mal puestas caderas zigzagueantes.

¡La anciana mendiga!

¡San Antonio!

—¿Quién tenía más hambre?

—San Antonio, el pobrecito mendigo que va por la calle, todos los días, regalando perdón por todos los pecados cometidos por los ricos a cambio de una sonante moneda de dos reales.

Tenía más hambre el santo. Lo demuestra esta verdad indiscutible: que la buena señora, la cristianísima dama le dió limosna al santo y no a la anciana mendiga.

FRANCISCO LUARCA

Costa Rica, 17 de noviembre de 1939.

# Noticia de libros

*(Indice y registro de las publicaciones que se reciben de los autores y de las Casas editoras)*

Una biografía:
Fernando Martínez: *El Presidente Cortés a través de su correspondencia.* Apuntes biográficos y discursos. 1939. San José, Costa Rica.
Cortesía del autor.

Un estudio:
Mariano Tovar: *Un pueblo, una causa, un hombre.* El problema de México y de América. San José, Costa Rica, 1939.
(Estudia con simpatía el Gobierno del Lic. Tomás Garrido Canabal, en Tabasco, México).
Envío del autor.

*

En las ediciones ERCILLA:

Ryllis Alexandre Goslin: *La Iglesia y el Estado.* Traducción de Inés Cané Fontecilla. Santiago de Chile. 1939.

Guillermo Luzuriaga Agote: *El hombre dormido.* Biografía de un personaje rioplatense contemporáneo. Santiago de Chile. 1939.

*

El Vol. 1 de una BIBLIOTECA PEDAGÓGICA que nos interesa:

Adolfo Angeli: *En los meandros del lenguaje.* Traducción de Ida Appendini. Prólogo de Carlos González Peña. 1939. Ediciones COLI. México, D. F.



*

## Editorial Losada

(Tacuarí 483. Buenos Aires. República Argentina).

Estos son los últimos libros con que nos ha favorecido:

Georges Gurvitch: *Las tendencias actuales de la Filosofía alemana,* E. Husserl, M. Scheler, E. Lask, N. Hartmann y M. Heidegger. Traducción de P. Almela y Vives. Revisada por Amalia Haidée Raggio.
(En la *Biblioteca Contemporánea)*

Andre Gide: *El pensamiento vivo de Montaigne.* Traducción del texto de A. Gide por F. Madrid.
(Es el N.º 6 de la serie *Biblioteca del Pensamiento Vivo).*

Fernando Sáinz: *El método de proyectos.*
(Es el tomo I de la serie *La Nueva Educación,* en las publicaciones de la *Revista de Pedagogía* de que es Director Lorenzo Luzurriaga).

Louis de Broglie: *La Física nueva y los cuantos.* Traducción del francés de Juan Guixé. Revisada por Cora Ratto de Sadosky.
(En la colección *Ciencia y Vida,* dirigida por Felipe Jiménez de Asúa).

Ferd Berence: *Lucrecia Borgia.* Traducción del francés por Francisco Madrid.
(En la colección *Biografías históricas y novelescas).*

Arturo Capdevila: *La Sulamita.*
(Es la 7.ª edición. En la *Biblioteca Contemporánea).*

Dr. Decroly y G. Boon: *Iniciación general al método de proyectos y ensayo de aplicación a la Escuela Primaria.*
(Es el tomo I de la serie *La Escuela Activa,* en las Publicaciones de la *Revista de Pedagogía* de que es Director Lorenzo Luzurriaga).

Shakespeare: *Otelo, Romeo y Julieta.* Traducción directa de Guillermo Macpherson. La introducción es de Pedro Henríquez Ureña.
(Es el tomo 18 de *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del*




*Pensamiento Universal,* publicadas bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña).

Leibnitz: *Tratados fundamentales.* (Primera serie). Traducción del francés de Vicente P. Quintero, Prof. de Filosofía.
(Son: *Nuevo sistema de la Naturaleza. Controversia con Foucher. Sobre la demostración cartesiana de la existencia de Dios. Sobre la doctrina de un espíritu universal. La monadología. Principios de la naturaleza y de la gracia*).
(Un clásico de la Filosofía en edición argentina).
En la Biblioteca Filosófica publicada bajo la dirección de Francisco Romero.

Carlos Cossio: *La plenitud del orden jurídico y la interpretación judicial de la Ley.*
(En la Biblioteca del Instituto Argentino de Filosofía Jurídica y Social).

*

Obsequio del Instituto de las Españas en los Estados Unidos, New York:

*Agustín Rojas': El natural desdichado.* Edited from an autograph in the Biblioteca Nacional at Madrid, with an introduction and notes, by James White Crowell. New York. 1939.

Charles Henry Stevens: *Lope de Vega's El Palacio Confuso.* Togheter with a study of the *Menaechmi* theme in Spanish Literature.
(El autor es Assistant Profesor of Spanish Rutgers University).
(Casa de las Españas, Columbia University: 435 West 117th. Street, New York City. U. S. A.)

*

Cortesía de los autores:

Carlos Vaz Ferreira: *Sobre los problemas sociales.*
Editorial Losada. Buenos Aires. 1939.

Carlos García-Prada: *Luz que flota en el olvido*. Poema colombiano en 120 sonetos, originales de varios autores. Selección, arreglo e ilustraciones de Carlos García Prada. México. 1939.

(Con el autor: University of Washington. Seattle, Washington. U. S. A).

Fernando Guibert: *La Torre de Babel*. Farsa para dos tiempos. Capítulo 1939.

(Con seis ilustraciones del autor. Señas: Emilio Mitre 226. Buenos Aires. República Argentina.

(Un intenso símbolo para esta hora trágica del mundo y una nueva presencia en el teatro argentino).

Enrique A. Laguerre: *La llamarada* (novela). 2.ª edición. Obra laureada por el Instituto de Literatura. San Juan, Puerto Rico. 1939.

(Con el autor: Depto. de Instrucción. San Juan, Puerto Rico).

Carlos Martínez Vigil: *Arcaísmos españoles usados en América*. Montevideo. 1939.

(La señalamos).

Adolfo Caprara: *Los poemas del día*. Buenos Aires. 1938.

(Señas del autor: Pichincha 1317. Buenos Aires. República Argentina).

Arturo Capdevila: *Córdoba del recuerdo*. 3.ª edición. Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires. 1939.

(Con el autor: Juncal 3 575. Buenos Aires. República Argentina).

M. López Pérez de Freineda: *El reto*. México, D. F. 1939.

(Opera tetradimensional, en un prólogo y tres actos, con música pitagórica, que se está representando con mucho éxito en el Teatro Mundial).

(Con el autor: Colombia N.º 62. México, D. F. México).

(Remitente: Hemeroteca Central, S. E. P. Luis González Obregón, 18. México, D. F. México).

*

Envío de la «Asociación de Escritores Venezolanos». (Apartado 329. Caracas, Venezuela):

*Nuevos poetas venezolanos*. (Nota crítica). Por R. Olivares Figueroa. Editorial Elite. Caracas, 1939.

(Es el N.º 16 de los interesantes *Cuadernos Literarios* de la «Asociación de Escritores Venezolanos»).

*

Envío de la Universidad Nacional de La Plata, República Argentina:

*Sarmiento*. Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 2.ª edición. La Plata. 1939.

*

Envío de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Venezuela:

C. Parra-Pérez: *Bayona y la política de Napoleón en América*. Caracas. 1939.

C. Parra-Pérez: *Historia de la Primera República de Venezuela*. Caracas. 1939.

Tomo I.

# Un parecer sobre la cuestión de Rusia

= *Envío de la autora*. San José, Costa Rica, noviembre 5 de 1939 =

El caso ruso-finlandés ha provocado en la burguesía mundial una «indignación» y una especie de «ira santa» en las que da mucha pereza ponerse a creer, ya que dada la morbosa decadencia de dicha clase que miente y roba y mata en nombre de un Dios de estampa casi siempre y para provecho propio únicamente, cuando se trepa en ese Sinaí de yeso de su rugiente cólera se pone bufa y mueve a risa.

Hace unos cuantos años los E. E. U. U. agredieron en forma sangrienta y bárbara a Puerto Rico. Un asesinato en masa fué consumado aquel famoso viernes santo que todo latinoamericano vigilante recuerda, pero en ningún editorial de esa semana de Pascua hubo aquí quién osara llamar «salvajes» en nota editorial a los yanquis que llevaron a cabo esa carnicería.

El capitalismo mantiene ante toda la extensión del fenómeno humano, desde lo privado y personal hasta lo internacional la misma consistente actitud. Lo que llaman el pecado de la mujer pobre, que tantas veces va ligado al problema económico, se condena y vitupera; pero el de la mujer rica, se oculta y disimula. Al «don» Fulano de tal burgués que robó cientos de miles se le condena a 90 días de arresto, pero al perencejo campesino que sólo robó decenas de miles y que las restituyó al ser prendido, se le condena a cinco años de prisión en San Lucas. La misma historia. No pueden variarla en un ápice, y cuentan eternamente con la complicidad y la indiferencia, la mala fe y muy especialmente, la mentecatez general. La mentecatez,— «la contemplación del cielo estrellado no me da tan clara idea del infinito como la imbecilidad humana», dijo alguien. Tratan de darle valor de piedra preciosa a esa baratija que se llama la democracia liberal burguesa y no ven las palmarias deficiencias de esas tales democracias aquí mismo en Costa Rica, donde tienen el caso frente a la nariz, ya que no ha sido posible, en la presente campaña política, consolidar la candidatura de don Ricardo Jiménez en el bloque de oposición, porque las maniobras del capital y la oligarquía han hecho imposible tal candidatura. Y sin embargo, viviendo como vivimos la indignante verdad de que al pueblo de Costa Rica se le ha impuesto un candidato oficial, porque la famosa democracia costarricense no es más que un dibujo pintado en la pared, hay todavía quién se indigna con ínfulas gallináceas en nombre de las democracias capitalistas, que no son en último análisis otra cosa que verdaderas dictaduras plutocráticas, disfrazadas con gorro frigio y «derechos del hombre». Y por eso mismo, pasma ver que los E. E. U. U., después de sus múltiples intervenciones imperialistas en América Latina, con un espectacular recato de cortesana que a última hora se ha vuelto pudibunda, declaran ante el mundo que van a retirar su embajada en Rusia!

Creo que antes de seguir adelante conviene definirse bien en esto, porque a lo mejor se creerá que yo participo del parecer de que lo de Rusia en Finlandia es penetración imperialista o totalitaria, como dicen por ahí en lenguaje simplista; y quiero apresurarme a declarar que la ignorancia de uno aunque es mucha, al menos no es tan enciclopédica.

Porque si uno trata de concretar bien los hechos, con un criterio honrado, procurando no perderse ni en prejuicios desusados ni en dogmatismos que de tanto repetirse van perdiendo espíritu e inspiración creadora, y se pregunta: ¿qué es Rusia,—¿qué representa Rusia en la presente realidad histórica?, podríamos contestar en pocas y muy sencillas palabras: diciendo que Rusia es la primer nación del globo donde se ha intentado y se ha logrado la abolición de la pobreza. Este solo hecho, innegable, debía merecerle la incondicional simpatía de todo corazón honrado que esté bien puesto dentro de un genuino pecho de hombre. De cómo ha llegado Rusia a la realización de ese colosal experimento, es cosa que no me voy a detener a narrar aquí, pero sí creo que toda persona que se tenga por medianamente culta está en la obligación de saberlo o de interesarse por averiguarlo

Pero el Capitalismo no sabe, no entiende qué cosa sea la pobreza Y el Capitalismo se ha consolidado en un mundo llamado occidental cuyo libro sagrado se llama Biblia. Ahora se me va a permitir intentar, como lo hacen los ganaderos— curar con sus mismos pelos a ésos que tienen mentalidad de capitalista-burgués, ya que siendo todos cándidos lirios entreabiertos, han armado alharaca mayúscula contra la «bárbara» Rusia.

En la Biblia, más concretamente en los SALMOS de David, hallamos escritos en lenguaje candente, con palabra encendida en fuego santo, versículos en los que vive y palpita el dolor de la pobreza, el anhelo vehemente de conjurarla. Pero al leerlos hoy, salta inmediatamente a la vista que por estar inspirados esos versículos en un criterio idealista de la vida y las cosas, hubo de hacerlos inefectivos y utópicos el mismo empirismo que los sustenta.

Sin embargo, la genial intuición de la cosa tal cual en sí es, resulta hondamente conmovedora y nos ha hecho citar el salmo siguiente: 10-2. — «Con arrogancia el malo persigue al pobre, serán cogidos en los artificios que han ideado».—Y si este clamor ingenuo lanzado por la potente sinceridad y la alta visión profética de David, no es el rotundo postulado de Marx que dice que— «el capitalismo lleva en sí mismo los gérmenes de su propia destrucción», dígaseme si ambos judíos no dijeron exactamente la misma cosa en distinto lenguaje o sea, aquél en idealista simbólico y éste en científico-filosófico

Pero lo interesante, y en lo que hay que fijar la verdad de la cuestión, es esto de que el libro sagrado del Occidente

(Pasa a la página 381)

# Juan Ruiz de Alarcón

= *Envío del autor*. México, D. F. Setiembre de 1939 =

1.—La literatura española ostenta desde siempre un recio y rancio abolengo romántico que explica—pero no justifica—la confusión tan frecuente que se hace entre clasicismo y romanticismo dentro de ella.

En la literatura—y en el arte en general —lo romántico se caracteriza por el desequilibrio que existe entre la forma y su contenido, con la preponderancia evidente del fondo sobre su expresión. En el romanticismo todo es sentimiento exaltado. Sentimiento que se traduce en audacias al quedar manifiesto. El derroche formal define lo romántico. El sentimiento se rebela contra todas las limitaciones objetivas y es talla en abundancia y despilfarro.

Por otra parte, el clasicismo siempre es equilibrio, mesura, discreción. El artista clásico siempre identifica el fondo con su forma. No expresa más de lo que debe. Su obra tiene unidad y proporciona lo más con el mínimo de expresión. Siempre entrega en sustancia más de lo que muestra. En el clasicismo, el pensar y el sentir son una misma cosa. Se puede decir que el artista clásico siente con el cerebro.

2.—Esta reflexión sobre lo clásico y lo romántico en el arte se impone cuando uno se traslada al siglo de oro de España y concentra su atención en el teatro.

El llamado teatro clásico español no merece en rigor ese nombre. Su fecundidad y derroche verbal, su falta de unidad en la acción, su dinamismo, su complicación y variedad le impiden el calificativo de clásico. Todas las características que acabo de especificar pertenecen y perfilan a un teatro romántico.

Lope de Vega es el más destacado representativo—no podía por menos—de semejante teatro. Su fórmula, que más tarde se convertiría en el canon de toda su época y de su país, pretende bastarse a sí misma y lo consigue. No tiene más ambición que el divertir. Parte del artificio y se desprende, por el propio hecho, de su raíz humana. Su extrema libertad le conduce, de modo inevitable, a un desenfrenado romanticismo. Su afán de movimiento unido a la rapidez e ingenio que derrama, le quitan toda posibilidad de profundizar en problemaas de índole filosófica.

3. Al precipitado dinamismo y abigarrada complicación de la obra de Lope se opone y se impone la mesura de Juan Ruiz de Alarcón. Lo que en éste es libertad en aquél se vuelve licencia. Lo que en el español es actividad externa en el mexicano se resuelve como vida interior.

En la discreción y equilibrio de Juan Ruiz de Alarcón radica, precisamente, la diferencia que tiene con los demás escritores teatrales de España y de su época. Mientras Lope escribe mil ochocientas obras, Alarcón se conforma con poco más de treinta.

Por lo que se refiere a la apariencia, Alarcón se desenvuelve en el mismo mundo creado por Lope. En uno y otro los personajes son nobles, las intrigas dependen del amor y las soluciones se reducen al matrimonio.

—¿Conocéisme?

— ¡Y bien, por Dios!
Tanto, que desde aquel día
que os hablé en la Platería,
no me conozco, por vos;
de suerte que de los dos
vivo más en vos que en mí;
que tanto, desde que os vi,
en vos transformado estoy,
que ni conozco el que soy,
ni me acuerdo del que fuí.

Aunque el mexicano respira la atmósfera del teatro español de su tiempo, su fórmula es, en esencia, por completo diferente. En Lope—tomado como máximo representativo del teatro español del siglo XVII—la obra y sus personajes no tienen más que dos dimensiones. Carecen de profundidad. Toda su vida es objetiva y es el autor poco menos que incapaz de introvertir a sus personajes para sacar a flor de arte problemas íntimos de estremecida raigambre humana.

Ante los arrebatos líricos de Lope, Alarcón contrasta y se señala por su prudencia. Cierto es que escribe poco, pero siempre vuelve sobre sus obras y no las abandona hasta que consigue identificar su intención con lo que deja expreso. Sus diálogos son breves y sus obras conservan unidad lógica en su desenvolvimiento. No es pródigo en conflictos y menos en palabras. Su sobriedad se pone de manifiesto en los enredos. Nunca se propasa. Le repugna diluir la intensidad de su obra en la mezcla de intrigas. Su lenguaje es siempre parco. No extraña, por consiguiente, saber que para oídos acostumbrados al preciosismo predominante en aquella época, la versificación sensata y justa de Alarcón sonara como prosaísmo e incapacidad. Lo cierto es que su estilo, por tener hondas raíces personales, rechaza lo artificioso, brillante y retorcido para identificar su verso con su idea y dejarla transparente.

—¿Cuándo amor no fué locura?
—Sí; mas los fines ignoro
de estos disfraces que veo.
—Así miro a quien deseo,
así sirvo a quien adoro.
—No; traidoras intenciones
encubren estos disfraces.
—Falsas conjeturas haces
por negar obligaciones.

Juan Ruiz de Alarcón

4.—En lo que respecta al contenido de su obra, Alarcón parte de la observación y análisis de los caracteres y hábitos de su época para transmutarlos en valores estéticos. La comedia de costumbres se gesta y cumple en el mundo interior de Alarcón y su trascendencia aun persevera en nuestros días. Corneille, Goldoni y Moliére, fueron los primeros en aprovechar los aciertos del autor de «La verdad sospechosa».

No se puede negar que, en esencia, la obra del mexicano es una viril protesta contra las licencias del teatro español de su época, tan deshumanizado como indirecto y complejo. Su extrema precisión le proporciona sencillez y limpieza a toda su obra. Evita en la medida de sus posibilidades cada truco y convencionalismo. Se reduce a lo que conserva un valor intrínseco y desprecia la vana apariencia.

Basta considerar el concepto del honor que tiene Alarcón en pugna con el de Lope, para dejar establecida la diferencia de idiosincrasia no sólo entre uno y otro, sino entre todo el teatro romántico — mal llamado clásico — del siglo de oro español y el del mexicano.

En Lope de Vega, lo mismo que en Tirso y en Calderón, el honor, tema fundamental y perdurable del teatro español, depende de los demás. Está condicionado por la opinión ajena. En tanto que en Alarcón el honor tiene un valor eminentemente subjetivo.

Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
está el ser malo o bueno.

5.—No me interesa saber si Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza nació en 1580 o en

(Pasa a la página 378)

# Romance de Paula y su telar

De *Crónica*. Buenos Aires, octubre, 1938

(A Paula Albarracín de Sarmiento)

*En el telar de algarrobo*
*tejió la madre y la abuela.*
*La niña Paula, afanosa,*
*teje en él su lana nueva.*
*¿Veintitrés años qué tejen?*
*¿Qué podrá ser que no sea*
*una falda de añasjado,*
*o pañuelillos de seda,*
*para lucir por la tarde*
*de paseo en la Alameda?*
*No teje para sí misma,*
*que no hay tiempo para ella.*
*Su padre dejó tan sólo*
*en reparto la pobreza.*
*Catorce hermanos y Paula*
*recogieron esa herencia.*

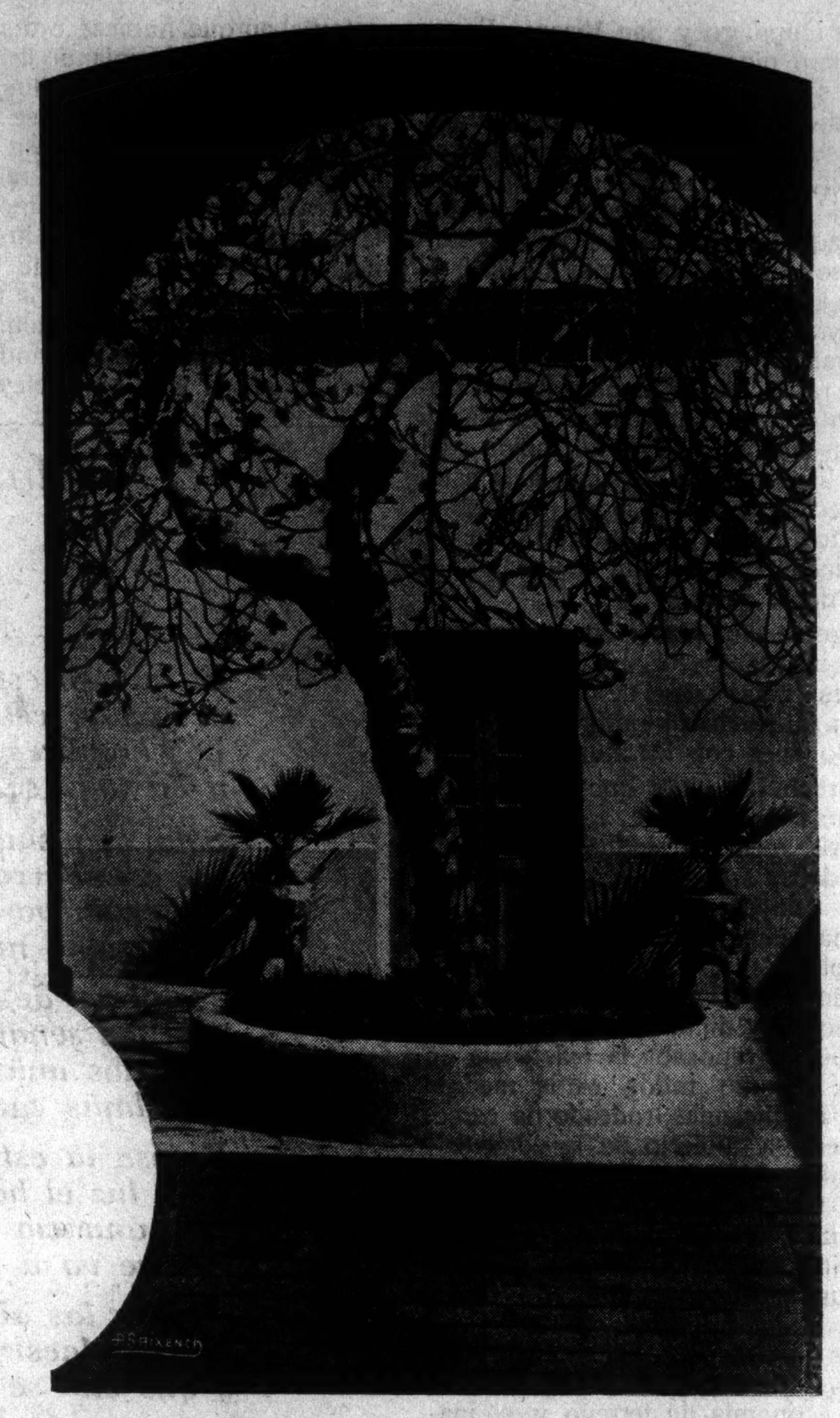
*Pero la noche amanece*
*con olor de junco y menta,*
*y el mediodía es de oro*
*y la tarde de violeta.*
*Y sólo veintitrés años*
*son pocos para la pena,*
*(la pena es larga en invierno*
*pero breve en primavera).*
*Teje la Paula cantando,*
*que un designio la alimenta.*
*Dios la acompaña en el cielo*
*porque ella canta en la tierra.*
*Para llenar las canillas*
*con el hilo, pasó en vela*
*muchas noches, que se hicieron*
*con el día de una pieza.*

*¿Tiene un secreto la Paula?*
*¿Lo sabe acaso la higuera?*
*¿Quiere casarse la niña*
*que trabaja tan contenta?*
*San Juan conoce a la Paula,*
*sinó ¡qué decir pudiera!,*
*que no ve con buenos ojos*
*el trabajo aquella aldea,*
*y más si la moza es joven*
*bien parecida y soltera.*
*En mil ochocientos uno*
*se murmura y se comenta . . . .*
*La niña quiere una casa,*
*¿no se hará lo que ella quiera?*
*Despacio la hizo, tejiendo,*
*con una y con otra hebra.*

*Y después vino la boda,*
*¿qué teje la que tejiera*
*ayer randas y pañuelos?*
*¿Al fin algo para ella?*
*¿O para el sueño sonriente,*
*esperancita primera,*
*que en la cara de la Paula*
*sonríe y le pinta ojeras?*
*Pero no, y otra vez no.*
*Envolverá con la tela*
*de su amor de mujer pobre*
*al hijo que pobre espera.*
*Cuatro niñas, y Domingo,*
*los hijos fueron de aquella*
*mujer que vivió tejiendo*
*y cantando, santa obrera.*

*Dios le dió una larga vida,*
*y otra más larga quisiera*
*para mirar a sus hijos*
*si Dios se lo permitiera.*
*¿Dónde está Paula? ¿En la gloria*
*hay telares, hilo y seda?*
*¿Está mano sobre mano?*
*¿Extraña la vieja higuera?*
*En el telar de algarrobo*
*su mano dejó la huella.*
*Los años aguardan quietos*
*que otra vez al telar vuelva.*
*Pero ya no volverá,*
*que en el cielo, Paula buena,*
*un telar tiene invisible*
*con que teje y con que sueña.*

FRYDA DE MANTOVANI



*A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aun en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades.*

(D. F. Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*, tomo III de sus *Obras*. Buenos Aires. 1885).

# El hogar paterno

De *Recuerdos de Provincia*, tomo III de las *Obras* de D. F. Sarmiento. Buenos Aires, 1885

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo

de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito domínico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba, antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia: y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y otros varios arbustillos florescentes. Así se realizaban en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas y la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animación a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas y lozanas plantas; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, tomadas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas, al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tiestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

D. F. SARMIENTO

## Himno de la Teosofía

= Envío del autor =

*(Música de* EMILIO LEÓN. *Se cantará por primera vez en el próximo mes de setiembre, con motivo de la llegada a Costa Rica del Dr. Jinarajadasa).*

*El mundo está lleno de angustia y de pena,*
*el mundo está lleno de sombra y dolor...*
*Los hombres se lanzan a odiosos combates*
*y en todo se mira desorientación.*

*Sólo se vislumbra en la lejanía*
*entre nubarrones, un suave fulgor...*
*¡Es el nuevo aliento que el Maestro envía,*
*es el signo nuevo de Paz y de Amor!*

*¡Hombres de la tierra, mirad ese signo!*
*¡Oíd las señales de ese nuevo albor!*
*Alcemos unidos los brazos y alcemos*
*las almas cantando la nueva canción!*

*Es ésa la estrella de la Teosofía,*
*a su luz el hombre tendrá comprensión...*
*Ella anuncia el día*
*en que va a ponerse todo el mundo en flor:*

*¡Arriba las almas! Pidamos en coro*
*que el Maestro amado dé su bendición*
*y que ella se vierta en la tierra entera*
*para que se llene de Paz y de Amor!*

ROGELIO SOTELA

*San José, C. R., agosto de 1938.*

## Juan Ruiz de...

(Viene de la página 376)

1581. Tampoco me preocupa precisar cuáles fueron los elementos predominantes en la integración de su personalidad.

En el hombre no has de ver
la hermosura o gentileza:
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.

Aunque puedo señalar sus defectos físicos, las torturas morales que se desprenden de ellos, su formación humanística y su idiosincrasia de mexicano como factores decisivos, me basta con tener a la mano sus obras para admirar su labor y sus notables cualidades de hombre y de artista. Porque no puede por menos de ser tan hombre como artista quien, a pesar de toda la animadversión suscitada en torno suyo, logra imponerse y colocar su nombre en el mismo rango que el de los más grandes escritores del teatro español. Alarcón nunca recibió nada que no mereciese.

Quien no quiere padecer
no merecerá jamás.

Siempre digno, no tuvo más conquistas de las que se obtienen con los recursos del empeño y de la calidad.

Considerado Alarcón como hombre, no puede por menos de estimar más la nobleza que el dinero y mucho más la moral que la nobleza, el mismo rey queda muy por debajo de los valores éticos. Y como artista de pura sangre y pura sensibilidad, no puede por menos de despreciar todos los momentos de la moral que no despiden belleza. Como buen clásico, siente con el cerebro y siempre entrega más de lo que expresa. Es por eso que, más allá de toda preceptiva y de todo dogmatismo, no deja escapar la virtud más que cuando se eleva henchida de hermosura.

JOSÉ ATTOLINI

# *La bruja*

## *(Cuento de Navidad)*

*Envío del autor*

El padrecito de la parroquia agreste de Santa Rosa va por los caminillos de la montaña con el grupo de niños del catecismo bañándose en sol y sombra y perfumes montañeros extraordinarios. Uno de los niños dice:

—¿Y si nos salieran las brujas? Lo dice de modo que su expresión impresione a los demás y produzca temor colectivo.

El padrecito, casi indiferente, pero con voz un tanto nerviosa hace observar:

—Déjate de tonterías: Eso de las brujas son cuentos de viejas. Nunca han existido...

Y allá va el grupo por los caminillos arriba, mientras al paso los raros perfumes de la maraña se despiertan como seres misteriosos a quienes agita la curiosidad. Arboles, lianas, bejucos, todo entremezclado harmónicamente como si las plantas tuvieran una amable inteligencia. Al fin llegaron a un plano cubierto por una yerba espesa y florecida. Tenía tonos de verde claro, de plata y de oro, con manchas de púrpura como si allí hubieran celebrado un sacrificio los seres de la montaña a los dioses antiguos.

—Aquí sentaos—dijo el padrecito y el grupo de muchachos se acomodó sobre aquella felpa suntuosa con un sentimiento de gratitud y de deleite indecible. El cielo abría espléndidamente las alas de zafir. Todo parecía inundado en una claridad de fiesta. Allá hay otras montañas, más cerca las barrancas, talvez los abismos, y en el fondo de esto el río. Y venía desde allí una como sensación de un ruido profundo. Es la voz del río.

Por el caminito abajo viene una viejecilla con una carga de leña menuda sobre sus hombros.

—¡Una viejecita!—gritan los niños.

El padrecito la veía acercarse y no pudo ser ajeno a una impresión de temor. Pero no atinaba quién podía ser aquella viejecita. El conocía a todas las gentes del vecindario y se sabía los nombres de todos los viejos. Pero aquella viejecita no era ni Ursula, ni Ramona, ni Luisa, ni Anacleta... Y se acercó a ellos la viejecita, con su carga de leña.

—Buenos días—dijo a todos con una voz muy delicada. Acaso no se fijó en el hecho de que allí estaba el padrecito de la parroquia de Santa Rosa, o no quiso fijarse. Todos contestaron también amablemente.

—¡Qué bien, dijo la viejecita y continuó: ¿habéis venido a pasar la mañana con mis señores árboles? Y dijo esto de mis señores árboles con cierta solemnidad, como las ancianas de la parroquia hablan del señor Arzobispo.

Se quedó en frente de los niños con su carguita de leña menuda, y uno de éstos, bastante audaz por cierto, le preguntó:

—¿No hay por aquí una bruja?

—¿No recordáis lo que os ha dicho ya el padrecito? Las brujas son cosa de otro tiempo.

El padrecito oyó aquello con alguna preocupación porque la tal viejecita venía de la montaña y no podía haber escuchado lo que él dijera antes a los niños.

Detrás del grupo sonó algo y todos volvieron a ver. Detrás de ellos estaba un monte, el cual se abrió como si separaran dos grandes puertas. Todos los niños y el padrecito se pusieron de pie amedrentados. De la profundidad salieron dos grandes pájaros muy ceremoniosos que hablaron con una voz suave y como musical:

—La Reina de la montaña os invita a visitarla.

El grupo vaciló un momento, pero la viejecita, poniendo su carga de leña sobre la yerba, les dijo:

—Entrad, no tengáis miedo, y en todo caso os acompaña el padrecito...

Pero seguramente el padrecito tenía menos confianza que los niños, ingenuos y sencillos por su ignorancia.

Entró el grupo por el espacio que dejaron las puertas enormes y al pasar el último de ellos, éstas se cerraron de nuevo. Pero en vez de una oscuridad como lo temieron al principio, se hizo al rededor de ellos una claridad de oro. Dejaron de caminar. Es decir, sintieron que ya no caminaban, sino que se deslizaban como sucede a veces en ciertos sueños. Se deslizaban como en un aire sonoro en un espacio inmenso. Por fin llegaron a una inmensa gradería de piedra, blanca como mármol. Pero no era de mármol sino como hecha de espuma. Al pie de la escalinata había como una alfombra formada por millones de escarabajos de oro. Sobre esa alfombra se sentaron ellos a la manera oriental y la alfombra rápidamente se levantó mientras se escuchaba el ruido de los hélitros de los escarabajos. Y pronto llegaron a una inmensa puerta que no parecía de metal sino hecha de millones también de ojillos como de pájaros que resplandecían aun haciendo fuerte claridad de sol. Talvez la misión de estos ojitos de la puerta era la de ver a larga distancia para evitarse en el palacio el uso de soldados. Se abrió la puerta lentamente y el grupo se encontró en un vasto espacio iluminado por árboles cuyos frutos eran lamparitas de variados colores. Pero no era un jardín sino un salón y los árboles eran de adorno. Luego fueron conducidos a la cámara de la reina y la reina no era mujer o una divinidad sino una rosa brillante también como de luz, pero de una luz amable y acariciadora. Y la rosa parece que dijo:

—Llevad a los visitantes al baño de la purificación.

Y el grupo fue llevado ahora por seres invisibles a un departamento en el cual había una piscina y el agua no tenía el color de nuestra agua, sino como el color de la luz de las estrellas y fueron sumergidos todos en esa agua y sus cuerpos se hicieron luminosos también. Pero seres



*Camino a la Iglesia*

(En México)

invisibles, seguramente de delicadas manos les trajeron vestidos adecuados de una materia que se dijera que era de piedras preciosas reducidas por mágicas artes a hilos finísimos. Y volvieron a ser llevados frente a la reina, la cual ya nº era una rosa encendida sino como un astro de la tarde, por su limpidez y serenidad. Y el astro dijo:

—Llevadlos al fuego que santifica.

Y seres invisibles, otros que parecían ser de distinta naturaleza que todos los anteriores, los condujeron a una cámara en el centro de la cual había como una hoguera palpitante y del seno de esta hoguera surgía constantemente como un canto. A pesar de que los niños y el padrecito de la parroquia tenían sus temores, fuerzas poderosas los empujaron hacia la hoguera y ésta los devoró a todos, como si fuera un monstruo, pero inmediatamente se apagó como si hubiera soplado sobre ella un viento tempestuoso y el grupo estaba en el centro del salón y fueron luego conducidos a otra cámara que estaba cercana a ésta y era la cámara de los espejos y estos espejos se dijera que eran como almas inmaculadas. Y ellos se vieron en estos espejos y se encontraron bellos, hasta el padrecito de la parroquia de Santa Rosa. Y finalmente, así bellos como estaban fueron llevados, pero ahora no por seres invisibles sino por un grupo de vírgenes, vestidas con túnicas de una resplandeciente blancura, frente de la reina. La reina ya no era como una rosa o como un astro sino que era una también bellísima mujer, más que una mujer, una diosa, pero sus ojos eran como inmóviles.

Y la reina les dijo:—Ahora que sois dignos de verme, os daré un secreto para cuando regreséis a vuestra aldea: amad la belleza y seréis felices.

Y como estaban preparados para ello comprendieron fácilmente el sentido de esa expresión.

La reina ordenó que los llevaran a una torre desde la cual se ve el mundo y así fué. Desde lo alto de la torre vieron el inmenso mundo y lo encontraron bello. Pero uno de los niños dijo:

—¿Y en donde está la aldea de Santa Rosa? Allí estaba el lugar donde antes era la aldea de Santa Rosa. Era ahora una gran ciudad, de enormes palacios y de amplias calles por las cuales trajinaba mucha gente y corrían lujosos carruajes.

—¿Y por qué eso? preguntó otro niño. Y una de las vírgenes contestó:

—Porque hace dos mil años estaba allí vuestra aldea.

De manera que habían trascurrido dos mil años desde que el grupo de niños había ido a la montaña a pasar una mañana de vacaciones.

Pero desde lo alto de la torre sonó una campana grandísima y mientras se borraba el eco de la campana fué desapareciendo todo como si se borrara. Y el grupo de niños con su padrecito de la parroquia estaban allí bajo los árboles, sobre la yerba florecida, frente al espacio claro del día. Pero la viejecita ya no estaba. Sólo había allí cerca de ellos el haz de leña. Y los niños corrieron al haz de leña y se repartieron los bejucos y le trajeron uno al padrecito. Y de pronto los bejucos que tenían los niños comenzaron a crecer, a crecer, a crecer y se transformaron en pájaros y salieron volando. Pero no así el bejuco que tenía el padre. Entonces muy discretamente el padre dejó caer la rama sobre la tierra y poniéndose de pie dijo con una voz en la cual se pudiera adivinar una preocupación oculta:

—Regresemos a la aldea...

Y así fueron descendiendo por el caminillo de la montaña. Todos iban silenciosos y el padre musitaba una oración como indiferente, porque parecía decirse interiormente:

—¿Quién me manda a mí negar la existencia de las señoras brujas?...

RÓMULO TOVAR

San José, C. R., diciembre de 1939.

## *La gimnasia en política*

Artículo *inactual*. De *Otro Diario*. San José, Costa Rica, 4 noviembre 1885

Un sabio de la antigüedad dijo: «¿Queréis cultivar vuestra inteligencia? cultivad las fuerzas que aquella gobierna, ejercitad vuestro cuerpo, dadle robustez, que se agite, que corra, que esté siempre en movimiento, y lograréis haceros sabios y razonables».

Esta verdad de a puño debe saberla perfectamente don José Barrantes, desde que ha tenido la buena idea de fundar, entre nosotros, un establecimiento de Gimnasia, donde podamos volvernos sabios y razonables.

El secreto del *mens sana in corpore sano*, está en esas barras, trapecios, argollas, mazas, etc. de un establecimiento gimnástico; así como el origen de la escrófula, de la anemia y de otras pejigueras está en la falta del desarrollo de las fuerzas del cuerpo.

Doy tanta importancia al hombre de fuerza muscular, que cuando recuerdo a aquel Gral. que, al darle la mano al escritor que le había endilgado un artículo furibundo, la estrechó de tal manera que le trituró todos los huesos, diciéndole: «Con esa mano no volverá Ud. a escribir contra mí»; ante este recuerdo me enternezco, no por la mano del libelista, sino por la acción del ofendido, y soy capaz de cuadrarme apuestamente y exclamar: Bravo, mi general!

La gimnasia, es pues, de inmensa utilidad en todos los casos de la vida, pero creo que de ella no tienen tanta necesidad los marinos ni los bomberos, ni los artesanos, ni militares, como los hombres políticos.

El arte del célebre gimnasta Ling debe añadirse a la asignatura de ciencias políticas y sociales, y al mismo tiempo que se estudie ciencia constitucional y administrativa, se debe hacer el molinete con las mazas, saltar con el trampolín y suspenderse por los pies del trapecio.

Y esto lo pruebo con la obra de Pedregal en la mano.

Desde las dos primeras lecciones de gimnasia se reconoce su imperiosa necesidad para el hombre público.

La primera consiste, como todos saben, en enseñar la posición de *firmes*, cosa indispensable en el político que sin firmeza, le comen los perros.

El gran Talleyrand subía con un rey; cuando ése caía, bajaba con él para subir con el que ascendía, y era porque el célebre obispo sabía al dedillo conservarse firme en el puesto.

La segunda lección se refiere a los movimientos de cabeza. Un hombre público debe ejercitarse mucho en ellos: verá a la derecha e izquierda, esto es, a los amigos y enemigos políticos; debe sobre todo adiestrarse en las flexiones de cabeza, inclinándose hacia adelante hasta que la barba oprima el pecho, cuando se presenta ante el superior, y llevándola hacia la espalda, aunque se desarticule el cuello, cuando habla con un inferior.

No cito un ejemplar de un político diestro en los ejercicios de esta lección, porque en el mundo hay a mantas, y todos los conocen; pero si es preciso, citaré, sin ir muy lejos, al ex-ministro de Guatemala, Gral. don J. Martín Barrundia.

Por la hebra se saca el ovillo, y ya por la necesidad que hay de ejercitarse en estas primeras nociones de la gimnasia se conoce la utilidad de las demás para la política.

Y sinó vamos a cuentas.

Se deja venir una crisis ministerial en Francia, y M. Ferry se va patas arriba, por falta de gimnasia. Si él hubiera sido equilibrista, se habría sostenido sobre el pie izquierdo el mismo número de años que San Simón Estilita sobre la columna, y ya habríamos visto si le derribaba Rochefort.

En un país cualquiera, la hacienda pública, por ser tal, se la llevó pateta; pero el gobierno no debe también dejarse llevar, porque contra siete vicios hay siete virtudes, y allí están los distintos pasos gimnásticos, para dar uno atrás o lateral salvando el peligro, y allí están los saltos; para librarse de caer en el abismo basta estar diestro en el salto de longitud a retaguardia, que consiste en cerrar las manos, incorporarse, bajar el cuerpo y mediante una rápida sacudida, extender las piernas, levantar los brazos y lanzarse a retaguardia.

Hecho esto está salvada la situación y el abismo que estaba delante se queda con tamaña boca abierta.

Ahora para sofocar revoluciones, nada hay como entender de gimnasia.

Un ambicioso aparece por ahí conspirando para que haya la de Dios es Cristo; pues bien, no hay más que saltar con el trampolín, caer sobre él, y mazas a la derecha, mazas a la izquierda, mazas al frente, mazas a retaguardia y molinetes, y acabada para siempre la conspiración.

El hombre político, no sólo para subir y sostenerse necesita de los ejercicios gimnásticos, sino también para caer.

Quien se sienta sobre la barra, se suspende del trapecio por las manos, las corvas y los pies; sube por una percha o una cuerda vertical u oblícua y baja con la misma facilidad con que subió; hace planchas con las argollas y sabe lo que es la fuga giratoria; patina y anda en zancos, quien hace todo esto, naturalmente tiene que subir como buen político y caer como idem y con toda limpieza.

Basta lo dicho para conocer la utilidad de la gimnasia en la política.

De manera que aquellos a quienes les da naipe por politiquear deben, con tiempo, concurrir al útil establecimiento gimnástico del Sr. Barrantes.

FEDERICO PROAÑO



### *El enemigo de Pipá*

Era Celedonio. El enemigo mortal de Pipá: el Wellington de aquel Napoleón, el Escipión de aquel Aníbal, pero sin la grandeza de Escipión, ni la *bonhomie* de Wellington. Era en suma, otro pillo famoso, pero que había tenido el acierto de colocarse del lado de la sociedad: era el protegido de las beatas y el soplón de los policías; la Iglesia y el Estado tenían en Celedonio un servidor fiel por interés, por cálculo, pero mañoso y servil

(De *Clarín* (Leopoldo Alas) en *Pipá*. Madrid. 1886).

## *Un parecer sobre...*

(Viene de la página 375)

arde en un espíritu de piedad por el pobre, hondamente interesado en su dolorosísimo problema, pero sustentando un criterio «honradamente equivocado», ya que sabido es que con imploraciones a Jehová no se resuelve nada. Sin embargo, la intención es lo que vale. Y para que no se crea que digo mentira voy a hacer énfasis en ese espíritu que adquiere en la dicción giros verdaderamente emocionantes, citando los siguientes versículos:

«Porque no para siempre será olvidado el pobre; ni la esperanza de los pobres perecerá perpetuamente».

«El malo (léase el explotador) por la altivez de su rostro, no busca «a Dios»: no hay Dios «en» todos sus pensamientos

»Está en las guaridas de las aldeas; en los escondrijos mata al inocente; sus ojos están acechando al pobre.

»Acecha en oculto, como el león desde su cama; acecha para arrebatar al pobre; arrebata al pobre trayéndolo a su red.

«Levántate Jehová, alza tu mano, no te olvides de los pobres».

«El deseo de los humildes oíste, oh Jehová: tú dispones su corazón y haces atento tu oído;

»Para juzgar al huérfano y al pobre, a fin de que no vuelva más a hacer violencia el hombre sobre la tierra».

«El consejo del pobre habéis escarnecido por cuanto Jehová es su esperanza»...

Pero a mí no me parece que sea Jehová la esperanza del pobre. Veinte siglos de confiar en lo ultratelúrico nos tienen ampliamente convencidos de que Jehová se ha hecho mucho de rogar.

La única esperanza del pobre es el socialismo y entonces ese último versículo, que es el 14-6, habría que leerlo así:

«El consejo del pobre habéis escarnecido, por cuanto el socialismo es su esperanza». Y tan segura estoy de la grandeza y la sinceridad de David, que si resucitara, no tendría objeciones que hacerle a esa, al parecer, pequeña modificación que me he permitido introducir en sus Salmos.

***

Cuestión de sensibilidad es todo esto Sensibilidad que hace que se sufra y como si fuera propio el dolor ajeno. Tampoco es refinamiento. El refinamiento de la burguesona que no soporta la mugre en su casa, pero que al asomarse a la puerta de la misma, no aplica su gusto refinado al problema de su semejante, de la mujer hambrienta que con pie descalzo y traje raído, hedionda a miseria deambula en pos de una limosna. Si realmente tuvieran «buen gusto», estas señoras no tolerarían eso y buscarían cuanta información y filosofía fueran necesarias para beber en sus fuentes la esperanza de que termine tal horror. Pero hay que desengañarse. Eso no les molesta a los insensibles y mucho menos podrían entender que con el cinco o el diez que dejan caer en la mano menesterosa, el pordiosero no resuelve nada. Por eso volviendo a los Salmos, y si bien se analiza este asunto, tenemos que el estado clásico, la condenatoria eterna del pobre es aguantar, estar siempre en acusativo,

«en los escondrijos mata al inocente» (al pobre)

«acecha para arrebatar al pobre»

Los pobres en los Salmos no llegan más que al plural si acaso. No son todavía un problema social, un problema colectivo vigorosamente planteado y con el embate necesario para resolverlo revolucionariamente. Pero hace unas dos o tres décadas los pobres se dieron cuenta de que no podían seguir siendo esos inocentes de miga de pan que pinta David en los Salmos y que había que actuar y defenderse, que había que organizarse e imponerse, reclamar justicia y consolidarse en nación, en nación poderosa y arrojar bala, porque con confites y peticiones a Jehová los ricos no entienden, y ser al mismo tiempo un vivo ejemplo para los pobres de otras naciones. Y esa nación donde ocurrió la maravilla se llama Rusia. De ahí que no nos extrañe que «al consejo del pobre y a Rusia se la escarnezca canallamente por cuanto el socialismo es su esperanza». (Esto para una Biblia que está por editarse).

Según el concepto burgués de nación o de patria, cada patria o cada nación es una determinada porción de tierra donde vive un montón de gente. Ese montón puede vivir de cualquier manera. Por lo general, los delineamientos son una minoría que medra y explota (ricos) y una mayoría que trabaja y se deja explotar (pobres). Pero el socialismo ha creado el concepto de la nación y la sub-nación. Yo me imagino una Inglaterra aristocrática y capitalista y una sub-Inglaterra formada por el proletariado inglés y las colonias, cargada de miseria, de bubónica, cólera, tifoidea y malaria endémicas. Sólo Rusia es Rusia. De modo que si Rusia invade al Imperio Británico, es para liberar al sub-Imperio. Transforma entonces el socialismo ese carácter pasivo de los Salmos, poniéndolos en una especie de contrario sensu. «Ha lanzado una teoría clara y precisa para arrebatarle al bíblico león capitalista al pobre que es su presa, trayéndolo a su liberación». Y ese es en dos platos el pavoroso crimen de Rusia: haberse acogido a un cristianismo científico, practicable, viable, para realizar el cual, se necesitaba un Cristo de acero como Lenín, imposible de crucificar, porque con veinte siglos de Evangelio y de Sermón de la Montaña y de «amor al prójimo», los pobrecitos pobres iban de mal en peor y no habían podido llegar a ninguna parte. Cada día la injusticia más feroz y despiadada, a pesar de las jaculatorias idealistas y de ese montón de buenas intenciones de las cuales se dice que está el infierno empedrado.

Y al llegar aquí, me vuelve el antojo, cuya realización sería peligrosa para la plutocracia, de que David resucitara... Qué edificante sería verlo hoy con el puño en alto cantando la Internacional, con sus errores de místico rectificados y ampliamente convencido de que el procedimiento no era como él lo imploraba en el versículo 10-12 cuando dice:

«levántate, oh Jehová Dios, alza tu mano, no te olvides de los pobres»

sino que traducido a inspiración marxista, y bajo la consigna de que «la redención de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos» ELLOS SON y no Jehová los que deben «levantarse» y «alzar» el puño en alto para gritar el himno de liberación:

«Arriba los pobres del mundo,
de pie los esclavos sin pan».

***

Rusia avanza pues con carácter revolucionario. Es ahí donde está la esperanza. ¿Que invadió? Hay dos maneras de tumbarle las puertas a una casa, para saquear, los ladrones, para salvar al que está siendo saqueado—con peligro colectivo—la autoridad. El imperialismo avanza e invade para sojuzgar, para explotar, para propagar el diabólico sistema capitalista de aniquilamiento de los más en provecho de los menos. El socialismo entra a liberar a esos pobres que a David y a Marx les costaron tantos desvelos.

Y ante el vivo contraste que ofrecen uno y otro sistema, no puede menos de movernos a extrañeza ese rubor de achote con que las once mil vírgenes de nuestro periodismo y nuestra pequeñísima burguesía han recibido la ocupación rusa en Finlandia, mientras recibían con convulsiones de mujerzuela de cabaret la destrucción de la República española.

Y ahora sí claman en favor de los pueblos débiles. ¿Quién les ha dicho que deba haber pueblos débiles? Al usar el término no más, confiesan la jarana dialéctica en que están metidos. Por eso a veces piensa uno que ya ni lo que hablan tiene sentido. Hay pueblos débiles mientras prevalezca el régimen imperialista, pero con el avance del socialismo, lo primero que ocurre es que el pueblo pierde la debilidad que lo hace «débil», fortaleciéndose con la conquista de los derechos que una repartición estúpida y anárquica del planeta les ha negado.

Y, ante el caso de Finlandia, gritan de júbilo y vociferan creyendo que porque Rusia discutía a altas horas de la noche con un gendarme imperialista, la cogieron en adulterio internacional. Y nunca hemos visto un aguacero de piedras semejantes de parte de aquellos cuya calidad internacional es el adulterio, siendo así que por la misma razón no tienen derecho a lanzar el más ínfimo guijarro.

EMILIA PRIETO

## *Un ejemplo sugestivo*

Supongan, por ejemplo, que los hombres sólo figuraran en la literatura como amantes de las mujeres, y nunca como amigos de los hombres, soldados, pensadores, soñadores, qué pocos roles en las piezas de Shakespeare podrían confiárseles; ¡cómo habría sufrido la literatura! Tendríamos, tal vez, buena parte de Antonio, casi todo Otello; pero nada de César, nada de Bruto, nada de Hamlet, nada de Lear, nada de Jaques, la literatura se empobrecería de un modo increíble, como ya ha sido empobrecida incalculablemente por las puertas cerradas a las mujeres.

(De Virginia Woolf, en *Un cuarto propio*. Ediciones Sur, Buenos Aires, 1936).

# Una carta y un romance nuevo

## de Juan Ramón Jiménez

*Cerramos — a fines del año XX de este semanario — el tomo XXXVI, que con tantos desvelos hemos podido llevar a cabo (*), con una sentida carta y un hondo romance de* JUAN RAMON JIMÉNEZ. *Nos honramos publicándolos. Reaniman voces de estimación y aplauso como las de este gran poeta de las Españas. Su carta de veras nos ha conmovido. Conste así, llenos como quedamos, de la más profunda gratitud; llegan muy a tiempo — es verdad — las palabras reconfortantes del insigne poeta.*

*Y avisamos que el tomo inmediato, el XXXVII, estará consagrado a la memoria de nuestro Señor Don Quijote, en la perdurable lección de sus dichos y aventuras. Sin descuidar a Sancho, por supuesto. Tengamos fe en el quijotismo, sirvámoslo. ¡Dígalo, si no, el admirable don Miguel de Unamuno!*

(*) Gracias al apoyo—crédito, paciencia, etc.— que nos han concedido los impresores catalanes don José Borrasé y don Ricardo Falcó Mayor.

*

### *La carta:*

Coral Cables, 16 nov. 39.

Señor D. J. García Monge.
San José.

Querido amigo de siempre:

Soy el escritor menos epistolar del mundo. Pero escribo bastantes cartas con el espíritu.

¡Tantos años escribiéndole a usted así, dándole gracias por tantas cosas, por su fe, su constancia, su lealtad, su heroísmo! (¡Y también por su amabilidad constante conmigo, ingrato en apariencia por abstracción y ansia interna!)

Estoy mirando un número de su REPERTORIO. Veinte años de generosidad y cultivo. ¡Qué hermosa obra! Yo he seguido siempre de cerca su labor; y he tenido su revista siempre que la he encontrado, desde su fundación. (Ahora me la envía de La Habana la Srta. M. Martínez Márquez, pero con irregularidad y pérdida frecuente).

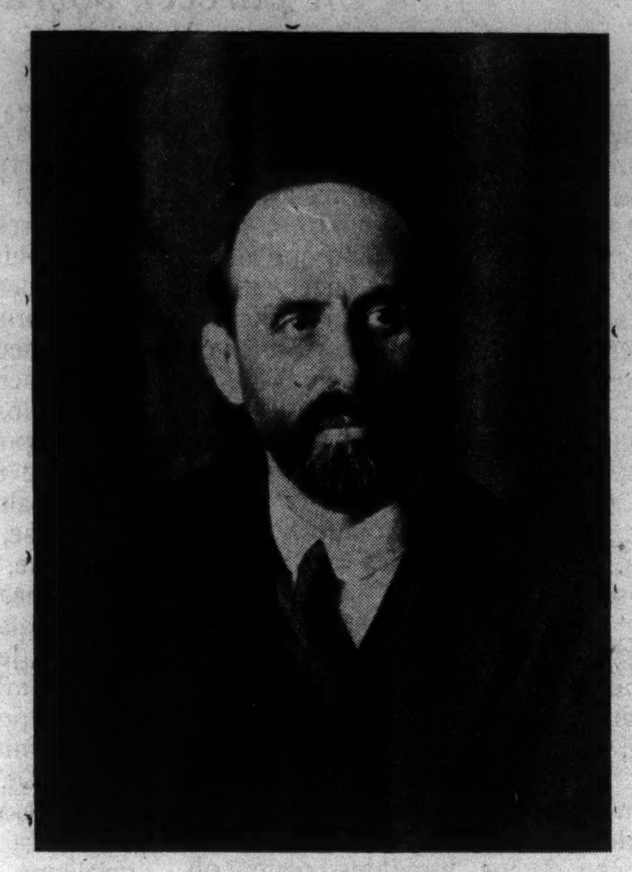
Bueno, no me he muerto sin decirle amigo con signos visibles. Y le envío para su, nuestro REPERTORIO un romance nuevo (y le enviaré otros trabajos).

Y hoy un buen abrazo, abierto hace mucho tiempo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

The Alhambra, Circle,
Coral Cables,
(La Florida).
Por todo el invierno.





*Juan Ramón Jiménez* (1935)

*

### *El romance:*

## *Pinar de la eternidad*

En la luz celeste y tibia
de la madrugada lenta,
por estos pinos iré
a un pino eterno que espera.

No con buque sino en onda
suave, callada, serena,
que deshaga el leonar
de las olas batalleras.

Me encontraré con el sol,
me encontraré con la estrella,
me encontraré al que se vaya
y me encontraré al que venga.

Seremos los cinco iguales
en paz y en luz blancas, negras;
la desnudez de lo igual
igualará la presencia.

Todo irá siendo lo que es
y todo de igual manera,
porque lo más que es lo más
no cambia su diferencia.

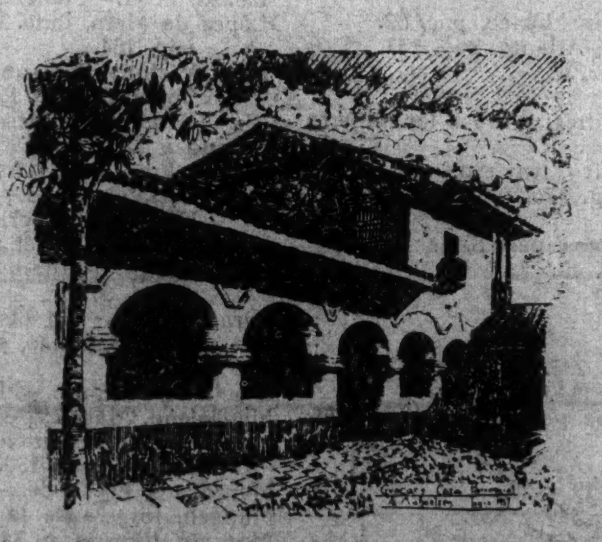
En la luz templada y una
llegaré con alma llena,
el pinar rumoreará
firme en la arena primera.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

# INDICE

## DEL TOMO XXXVI

## AUTORES Y ASUNTOS



*Casa Parroquial de Guacary (Colombia)*

(Apunte del Dr. *Michaelsen*)




9055—FALCO HNOS. & CIA.